

## HACIA UN ENCUENTRO PERSONAL DEL ADOLESCENTE CON CRISTO

Manuel ARMALÉ, S. C.  
*Salamanca*

La primera ley de la catequesis exige la fidelidad a la palabra de Dios: decir lo que Dios dice y cómo lo dice; la segunda postula fidelidad a esta palabra en cuanto dirigida al hombre, al catequizando, a creer en una «situación» determinada, es decir, fidelidad a las leyes psicológicas del sujeto de la catequesis. Ambas se sintetizan en una tercera: *fidelidad al diálogo* que se establece entre Dios que habla y el hombre que responde. Es decir, adoptar una forma de contacto, un *método* que haga realmente cumplir a la catequesis su triple misión de enseñanza objetiva, de formación subjetiva y de *iniciación intersubjetiva* o, dicho de otro modo, de *comunión* o *encuentro interpersonal*.

Se desarrolla actualmente una ciencia y un arte de la iniciación al diálogo. Se habla a veces de una «técnica» que debe emplearse para conducir un diálogo o dar consejos; pero es más cuestión de intuición que de sistema. La catequesis es «mediación» en el diálogo entre Dios y el hombre; es transmisión de conocimientos objetivos y formación de juicios de valor. Al hablar de catequesis, instintivamente

pensamos en métodos, en un párrafo añadido al programa. Y, sin duda alguna, debemos siempre tender a mejorar nuestras técnicas. Sin embargo, es otra la dirección en la que debemos indagar ante todo. ¿De qué se trata, pues? De cooperar, con toda humildad, pero también en espíritu de fe, con el Espíritu Santo a desarrollar o redescubrir las *relaciones personales* de los adolescentes con Cristo Salvador, a hacer su *compromiso* más real, a facilitar al adolescente su «ENCUENTRO PERSONAL CON CRISTO». Una tal misión requiere de nuestra parte afecto e intimidad personal con el Maestro y docilidad a su Espíritu.

«El apóstol es aquel que debe hacer a Dios presente y operante a través de su palabra, y para esto, encarnar en su palabra esta vida de Dios que le anima. Pero esta encarnación no es ya, como en el artista, calculada, trabajada y realizada con la ayuda de medios técnicos; es el fruto directo, imedito, de un contacto y de una asimilación con el Dios que revela; de una convicción apasionada y de un amor vehemente, que se expresan arrastrando impetuosamente todos los recursos del ser, todas sus posibilidades de signo. Plenamente encarnada, esta palabra manifiesta enteramente el espíritu, y llega a ser testimonio»<sup>1</sup>.

Pero para que este testimonio sea aceptado, es preciso también que el testigo lleve un gran amor a sus auditores. Solamente con esta condición tendrá probabilidades de encontrar el camino de los corazones de los adolescentes, evitará cualquier presión indiscreta, tendrá la paciencia de las aproximaciones y de los nuevos comienzos, y creará el clima favorable a una catequesis en la que la generosidad será fácil.

No nos detendremos únicamente a presentar el clima que una catequesis de los adolescentes debe tener, ni el educador modelo de adolescentes; responderemos también a otras preguntas sumamente interesantes en una catequesis de muchachos: ¿cómo suscitar el interés por el mensaje de Cristo?, ¿cómo adaptar la presentación de la Buena Nueva al desarrollo psicológico del adolescente?, ¿cómo presentar a Cristo al adolescente para facilitar el encuentro deseado?, ¿se puede introducir a los adolescentes en la amistad con Cristo? Estas últimas preguntas serán el objeto del próximo artículo. Es claro que estos interrogantes no quieren agotar el tema tan vastísimo de la educación religiosa, que, por otra parte, tampoco es propiamente nuestro objetivo, orientado aquí a favorecer el diálogo o encuentro personal del adolescente con Cristo.

---

<sup>1</sup> JEAN MOURoux: *Sens chrétien de l'homme*, Paris, Aubier, 1948, p. 50.

El presente estudio se situará en el plano metodológico, pero a la luz del orden sobrenatural; por eso ilustraremos la armonía y la recíproca colaboración que en la enseñanza de la religión existen entre los métodos de la psicología y de la didáctica moderna y las leyes de la vida sobrenatural. En un estudio de este género importa también, como nota sagazmente Modugno, no sacrificar la riqueza del dogma y de los medios divinos a una preocupación de adaptación unilateral e inspirada solamente por una visión puramente humana<sup>2</sup>.

El plan que seguiremos es el siguiente:

- A) Necesidad de una catequesis adaptada a los adolescentes.
- B) Requisitos que exige una tal catequesis: fidelidad a la doctrina y a las leyes psicológicas del adolescente.
- C) Condicionamientos necesarios para esta catequesis.

#### A) UNA CATEQUESIS PARA ADOLESCENTES.

El catequista de adolescentes, profesor, capellán, etc., no puede eludir una *inquietud* cuando se dispone a abordar a su auditorio: ¿Voy a «engancharlos»? Cualquiera que sea su talento, por fuerte que sea su autoridad, o concienzuda la preparación de sus cursos, cierta indeterminación persiste... La atención o el interés del grupo no dependen solamente de las técnicas puestas en obra, sino de elementos que parecen escapar a toda definición y a toda preparación pedagógica razonada; la catequesis así parece un juego de azar: se regocijará cuando hay éxito, deduciendo que es favorable a la fe; se entristecerá si hay fracaso: «Esto no funciona.»

Pero ¿qué significa que una catequesis «marcha»? y ¿quién puede decir que tiene éxito?<sup>3</sup>. Esta preocupación del triunfo inmediato fal-

---

<sup>2</sup> Cfr. Marcel VAN CASTER: *Dieu nous parle, Structure foncière de la catechèse*, Desclée, 1962, pp. 87 ss.

<sup>3</sup> Dios sólo conoce el secreto de los corazones. El provecho real de una catequesis escapa a la apreciación humana. Es el secreto de Dios. Ciertos signos, sin embargo, pueden ser percibidos por el catequista (atmósfera, clima de verdad, interés profundo ante las exigencias del mensaje, etc.), que permiten apreciar nuestra catequesis. Buscados por sí mismos, el interés o el ambiente arruinan la catequesis. Por otra parte, es inexacto hablar de «éxitos apostólicos» o de «fracasos en el ministerio», pues ante Dios, siempre tenemos éxito si lo hacemos con espíritu apostólico auténtico; además, no siempre, ante Dios, es éxito o fracaso lo que nosotros reputamos como tal, pues el *encuentro personal* del adolescente con Dios no sabemos ni cuándo ni cómo tiene lugar. Lo que nosotros llamamos «compromiso», puede ser, simplemente, adhesión al catequista o movimiento, y no una conversión individual, reflexiva y personal a Cristo, como la experiencia nos lo muestra muchas veces.

sea, la mayor parte de las veces, la orientación de nuestras catequesis.

En muchas catequesis actuales destinadas a adolescentes se observa una dislocación entre el punto de partida (el enganche, *l'accrochage*, como se dice ordinariamente) y la presentación del mensaje. En general, el punto de salida es muy estudiado, desarrollado; el catequista tiene la solicitud por suscitar el interés; para esto se aplica con cuidado a escoger los procedimientos pedagógicos: cuestionarios, encuestas, hechos reales, documentos, periódicos, vistas, material de actualidad, etc.

La presentación del mensaje que sigue aparece exangüe y apagada. Aun siendo intelectualmente sólida, da la impresión de no tener la consistencia y la riqueza de evocación del punto de salida. Todo sucede como si, en un primer tiempo, el catequista quisiera arrastrar a su auditorio con cierto movimiento (al igual que el deportista que toma su impulso) para, después, en un segundo tiempo y aprovechando la velocidad adquirida, hacerle acceder al nivel del conocimiento de fe, como se salta un obstáculo en el hipódromo. Pero el obstáculo, el conocimiento de la fe, sigue siendo obstáculo; el auditorio se «desengancha».

¿No sería, sobre todo, el *método* lo que habría que incriminar? La expresión «hacer pasar el mensaje cristiano» lleva en sí misma su propia condenación. El jockey hace pasar el obstáculo a su caballo y el médico «hace pasar» el vermífugo rebozado de chocolate; pero el acceso al conocimiento de fe no puede ser el resultado de una magia subrepticia. Hablemos de «paso», si se quiere, pero desconfiemos del término. «Proceso» designa mejor este movimiento de encuentro entre el adolescente y el designio de Dios, en Jesucristo, que nuestra pedagogía debe facilitar y suscitar <sup>4</sup>.

Un buen número de educadores manifiestan hoy un cierto malestar, hasta una decepción, respecto de la eficacia de la catequesis: «La catequesis —dicen— no es posible con los adolescentes. No tiene resonancias en su vida. No les "engancha" ya. Cuando se mira de cerca, se observa, en efecto, que algunos dan una pura enseñanza

---

<sup>4</sup> Habría que dar la preferencia, en catequesis, a «proceso» (*démarche*) sobre método. Este último término evoca un conjunto de procedimientos extrínsecos tanto al mensaje como al sujeto. Además, no da a entender el carácter «dinámico» de la pedagogía del adolescente. Se podría decir lo mismo de la expresión «estructura de lo expuesto», a veces usada. El término «proceso» evoca un dinamismo y muestra mejor cómo el acto pedagógico no es más que el lugar del encuentro del joven y de la iniciativa de Dios, en Cristo.

verbal que nutre la inteligencia, pero sin ninguna adherencia con la vida; otros, desesperados por este tipo de instrucción, se contentan con ayudar a los jóvenes a hacer una reflexión religiosa sobre su vida, sobre los acontecimientos de actualidad. Los primeros acusan a los segundos de no dar una enseñanza, mientras que los segundos acusan a aquéllos de hablar en el aire. ¿No tienen ambos razón y culpa al mismo tiempo? Razón, porque cada uno insiste sobre un aspecto esencial de la pedagogía de la fe; culpa, porque cada uno desvirtúa un elemento esencial de esta pedagogía.

Ni unos ni otros hacen catequesis en el sentido fuerte y total de la palabra. La catequesis no es únicamente una enseñanza sistemática; ni tampoco es sólo vida, reflexión sobre la vida. La catequesis es una y otra a la vez: es presentación explícita de la Buena Nueva de Salvación para el despertar y la educación de la fe. Se distingue en esto de la teología que tiende a estudiar científicamente el Dato revelado; se distingue de la pedagogía o de una reflexión religiosa sobre la vida en que da una enseñanza total, coherente y precisa.

Pero ¿por qué tenemos tanta dificultad en unir *doctrina y vida*, en dar a los adolescentes la «pasión de vivir» la Buena Nueva de la vida? Parece, dice el P. Babin, que hemos perdido el sentido y el camino del «mensaje de salvación para todo hombre que viene a este mundo». ¿Por qué? Primeramente, en razón de nuestra *estructura mental de adulto*, que se complace en el recorte racional y objetivo de las realidades, mientras el adolescente las mira bajo el ángulo de la subjetividad y de la afectividad; y, sobre todo, en razón de una estructura religiosa de infancia cuyo aspecto verbal y abstracto nos ha marcado profundamente, y tanto más que la estructura racional y objetiva del adulto es la misma que la del niño de nueve a doce años, edad preferente del catecismo. Así hemos guardado, sobre todo, nociones precisas, pero desprendidas de la vida; una estructura racional bastante antropocéntrica a partir del problema del destino individual —es decir, «lo que hay que creer y hacer para ir al cielo», como enseña nuestro catecismo nacional—, y no visión teocéntrica y cristocéntrica, como nos la enseña la Biblia.

He aquí, al parecer, lo que más nos estorba cuando debemos realizar la catequesis con adolescentes. No sabemos, en consecuencia, hablar bien *en términos de relación*. Tenemos dificultad en ser, en Jesucristo, videntes, profetas eficientes con los adolescentes de hoy.

Por nuestra estructura de adultos, por nuestra formación, estamos lejos de ellos; lejos de su manera de pensar, de ver y de sus apetencias: de ahí la tendencia a refugiarnos en una enseñanza que no los alcanza, o, a la inversa, en una pura búsqueda de proximidad a su vida. Debemos tomar el camino que fue el de Jesús, el de los Apóstoles, de los Padres de la Iglesia; tomarlo para los *adolescentes de hoy*, para que nuevamente la palabra de Jesús sea oída.

Las respuestas dadas por adolescentes educados en colegios católicos, según las estadísticas, están demasiado cargadas de deseos y de lamentaciones para pensar que ellos aceptan espontáneamente la enseñanza que les es distribuida. Concedámosles exageraciones y desafíos; es la edad de los deseos imposibles... Pero nosotros mismos, que hemos palidecido sobre nuestros manuales de religión en tiempos de exámenes, ¿qué recuerdo guardamos?, ¿en qué cosa la enseñanza religiosa, transmitida por maestros concienzudos que estimamos, ha moldeado el rostro de nuestra fe?, ¿es seguro que nos haya impregnado, en nuestros catorce-dieciocho años, de la misma virtud secreta que se pegaba antiguamente a nuestras lecciones de catecismo? ¡Alimento demasiado denso, platos demasiado preparados!

El hecho es éste: nuestra adolescencia ha buscado en otra parte la respuesta a las llamadas que atormentaban sus conciencias apasionadas de perfección y de absoluto. Y hemos buscado a Cristo en otra parte que en su Palabra.

Las causas de una lenta descristianización de la juventud han sido denunciadas muchas veces: influencia de los medios de vida, materialismo de la época, laicismo de la educación... Sería vano gemir sobre las desgracias de los tiempos, si, por otra parte, no se estuviera tan atento a los problemas de los adolescentes y se ignorase el lenguaje que esperan. Sin duda ninguna, la evangelización de la adolescencia plantea exigencias imperiosas en el plan de las *instituciones pastorales*: familiares, escolares, parroquiales, movimientos de jóvenes, etcétera. Pero el problema de la institución, por esencial que sea, no es el único que está en causa. Está también el de la catequesis, es decir, de la *transmisión del mensaje cristiano* que los adolescentes esperan. Está el contenido de la catequesis o del mensaje; está su estilo, el modo en que es dado para ser aceptado. Sería aberración pensar que los adolescentes pueden ser alcanzados por el mensaje de Jesucristo, si este mensaje no les habla, si es presentado de modo que permanece para ellos herméticamente sellado.

El fracaso de una perseverancia cristiana viene, sin duda, de una cierta quiebra de las instituciones, de la familia, de la escuela o del colegio, que han descartado demasiado a menudo la hipótesis de una educación permanente de la fe. Pero ¿no viene también de una insuficiente reflexión sobre las exigencias mismas de una catequesis hecha para los adolescentes y querida por ellos? La fe es gracia. Es también pedagogía. Es Cristo que llama, que espera la respuesta; y es también El quien está presente en la respuesta, transformando el corazón del hombre para comprometerlo en la fe a su Palabra. Pero la llamada de Cristo no resuena en los oídos del hombre sin la *mediación del hombre*. La fe nace sobre el camino del profeta y del testigo; pero a la condición para el profeta y el testigo de hacerse entender. Su lenguaje es signo de contradicción, ciertamente; provoca la adhesión o el rechazo. El lenguaje debe llevar los signos, apoyarse sobre los signos que lo hacen inteligible. ¿Quién rechaza verdaderamente la palabra? El que ha comprendido el sentido y se aleja de él. El que rechaza el lenguaje que no comprende, sin haber sido alcanzado en su ser profundo, ¿es éste el incrédulo de nuestras estadísticas engañosas? <sup>5</sup>.

Los educadores, cada vez más, llegan a la conclusión que la educación del adolescente exige una forma de enseñanza propiamente dicha, una «catequesis» diferente de todo otro medio de educación, como los movimientos de jóvenes o de Acción Católica.

«Es que hay, en cada etapa del crecimiento de un hombre, una necesaria lectura de su fe, si se quiere que ésta sea alimentada y consolidada, a medida que la vida humana debe ser transformada por la gracia. La fe viva del organismo del bautizado se alimenta de un descubrimiento incesante del misterio de Dios; por este encuentro trabaja la auténtica catequesis. El carácter de gratuidad debe estimular a la escucha atenta de la Palabra divina y a esa contemplación que se traduce en vida espiritual renovada.

Digamos, simplemente, que la catequesis, en esta edad, sobre todo, de los catorce-dieciocho años, se sitúa, cualquiera que sea su forma, entre el empuje apostólico y una nueva generosidad, que se alimenta, fuera del contexto inmediato, de Aquel que es Verdad y Vida» <sup>6</sup>.

Conviene reconocer que la renovación catequística de la enseñanza religiosa es mucho más segura en sus procedimientos por lo

---

<sup>5</sup> Cfr. *I Cor.*, 14, 6-20. Todo el capítulo es elocuentísimo en relación con lo que vamos diciendo.

<sup>6</sup> VERMEERSCH: *Pour une catechèse de l'adolescence*, in «Carrefours de Pastorales de l'Adolescence», Angers, 1958, p. 306.

que respecta a los niños que por lo que se refiere a los adolescentes y jóvenes. Si la enseñanza religiosa de los niños puede hacer gala hoy de una renovación indiscutible, es porque ha querido justamente identificarse con la catequesis cuya ley fundamental es la de anunciar a Jesucristo para suscitar la fe en el corazón del hombre. Conocimiento del misterio de Dios y conocimiento del hombre: la catequesis quiere ser las dos cosas. La primera dirige hacia las fuentes sagradas, donde toma la revelación de Dios para transmitir la Palabra de verdad y de salvación: Cristo. La segunda inclina hacia el conocimiento del hombre para buscar el modo de profundizar en la llamada. Así, la catequesis es *economía* de fe; en el sentido que los Padres entienden el vocablo para designar «la dispensación de la Palabra»: Dios mismo ha querido las etapas de su Revelación para iniciar al hombre a su misterio. Sería presuntuoso afirmar lo mismo de la catequesis de los adolescentes. Cierto que hay logros que no se pueden discutir; pero éstos obedecen más a circunstancias particulares que a la organización y cohesión de la catequesis en sí.

La catequesis de los adolescentes ¿ha definido bien su contenido y su estilo? ¿Se plantea como una exigencia pastoral o como un deseo platónico? Escuchemos a J. Honoré, Director del Centro Nacional francés de la Enseñanza religiosa:

«Es evidente que si en la mente de los padres y de los maestros la catequesis hubiera parecido necesaria para los adolescentes con el mismo título que lo es para los niños, nosotros no nos preguntaríamos sobre las condiciones que debe suscribir para atraer la expectación de los jóvenes. La catequesis ha fracasado parcialmente con ellos, porque no ha logrado renovar para los adolescentes una enseñanza religiosa que se inspiraba todavía demasiado en los métodos y estilo heredados. El catecismo es el símbolo de todas las docilidades de la infancia, y sabemos muy bien que los adolescentes son todo menos naturalezas dóciles. Nunca se dirá suficientemente que la enseñanza religiosa, para alcanzar su fin, debe tener cuenta de las condiciones y de las disposiciones del sujeto, de sus posibilidades personales, de sus actitudes de aceptación y de receptividad. ¡El modo de transmisión del mensaje cuenta casi tanto como el mensaje mismo! El lenguaje, el verbo, es mediador de gracia, pero sólo es mediador si es comprendido y aceptado. Esta reflexión sobre el lenguaje, es decir, el estilo, de la catequesis debe ser emprendida, para darle sus cartas credenciales cerca de un auditorio de jóvenes»<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> J. HONORÉ: *Où en est la catechèse des jeunes?*, pp. 75-76; leer todo el artículo, pp. 71-88, in «Jeunesse d'aujourd'hui, ses problèmes, ses conflicts», Fleurus, 1962.

## B) LAS EXIGENCIAS FUNDAMENTALES DE UNA CATEQUESIS DE LOS ADOLESCENTES.

La catequesis, siendo por excelencia el ministerio de la fe, se define cumplidamente por el fin que quiere alcanzar y que la penetra en cada uno de sus procesos. Y éste es la fe, o más precisamente la *vida de fe*, por cuanto ésta manifiesta en todo el obrar humano, la firmeza de la adhesión a la Persona y a la Palabra de Jesucristo. La misión propia de la catequesis es de satisfacer a las condiciones y a las exigencias concretas para que la adhesión de fe alcance en la conciencia del adolescente todo su vigor y toda su verdad.

A menudo, el estudio psicológico del adolescente conduce al adulto a un pesimismo desilusionado: «Dejemos pasar este período difícil intentando salvar lo principal y lo esencial. Ya que no acepta profundizar su religión, volveremos más tarde a tomar la enseñanza religiosa, cuando vuelva a ser nuevamente curioso de saber más.»

Este modo de enjuiciar es plantear mal el problema. Y, sin duda, porque es comprender mal una catequesis, que debe ser siempre fiel al objeto de la enseñanza que aporta, pero también lealmente atenta a quien se dirige, este bautizado que vive tal edad de su vida, que debe acoger el Mensaje para vivir de él en su pensamiento y en sus actos. Debemos hacer vivir un organismo espiritual en el punto a que la gracia y la vida lo han conducido. ¿No es eso la puesta en práctica de las grandes virtudes teologales? Partir de una situación concreta para suscitar la llamada del Señor y la sed de nuevos descubrimientos; después de establecer el contacto directo con Dios, transmitiendo fielmente esta Palabra inefable, por la cual Dios se hace conocer y se da, lo que es proclamación evangélica e impone una enseñanza propiamente dicha, una llamada a la inteligencia; por fin, conducir esta fe realimentada a expresarse en vida de caridad.

Los rasgos psicológicos de la adolescencia, que pueden parecer, a primera vista, obstáculo a la enseñanza religiosa, manifiestan, a quien sabe ver más allá de las apariencias, un mundo de fermentación, y poseen muchos elementos positivos que piden a gritos una catequesis.

### I.—*Las bases psico-pedagógicas.*

El desconcierto de los educadores ante la psicología turbada de los adolescentes no es en medida alguna comparable con el que el

muchacho, o muchacha, experimenta por su parte. Piaget recomienda a los educadores el pudor de sus reacciones ante las etapas que marcan los trastornos del crecimiento. El consejo es prudente. Quizá seríamos nosotros más aptos para amar y, por consiguiente, para educar, si tuviéramos este sentido humano de la reserva discreta delante del adulto que se va haciendo al romper sus envolturas.

La infancia ha pasado. Sólo dejará en la memoria los trampolines sólidos para el vuelo. A través de la «incoherencia orientada» de la adolescencia, un hombre se prepara a desempeñar su misión en la sociedad, a dar testimonio de sus valores, a «particularizarse». El adolescente se nos presenta como un ser que, empujado irresistiblemente por una embolada de savia interna, se arranca del mundo seguro, cálido y sin preocupaciones de la infancia. Salida del nido familiar e inseguridad de fuera; embriaguez de los primeros vuelos, y choque de las primeras caídas; búsqueda de una personalidad propia y de un estilo nuevo.

Cogido entre las contradicciones y las aspiraciones de su adolescencia, descuartizado entre los valores recibidos en la familia —cierto sentido del trabajo, de la vida, de la religión, búsqueda de una situación...— y los valores nuevos descubiertos en el mundo de hoy —sentido del hombre, preocupación del desarrollo humano, el mundo de la técnica...—, el adolescente busca una síntesis vital.

¿Cómo debe ser una catequesis del adolescente? Los principios de una pastoral de adolescentes derivan de las características fundamentales de esta edad. Se adivina, así, que esta poderosa llamada interior del adolescente constituye un tiempo privilegiado para el anuncio del mensaje de vida <sup>8</sup>.

1) Dada la ruptura de la adolescencia con el mundo de la infancia, se impone el *cambio radical de método* en la educación de la fe.

Con excesiva frecuencia prolongamos por nuestra actitud o nuestro estilo de educación un clima de infancia. Este clima estático, irreflexivo, engendra la desorientación y, consiguientemente, un malestar que el adolescente se esfuerza por purgar en la oposición. La mayor parte de los fracasos encuentran aquí su explicación elocuente. Los psicólogos concuerdan, por lo menos, en decir que la adolescencia

---

<sup>8</sup> Cfr. BABIN: *Itinéraire de catechèse pour les adolescents*, Direction de l'Enseignement Religieux, Lyon, 1958, pp. 1-12; J. HONORE: Art. cit.; *Pastorale de l'adolescence*, Angers, 1958: arts. de VERMEERSCH y BABIN, pp. 304-322; art. RETIF, pp. 123-161 (ed. española). *Catechèse des préadolescents*, Le sel de la terre, serie 1, perspectives.

es la *edad de la ruptura*. El educador que no haya aceptado este fenómeno y sus azares, corre serio peligro de no comprender nada en la aventura que emprende.

Todo retorno a la infancia retarda la madurez y vicia la influencia educativa. Los verdaderos educadores de la adolescencia no son siempre los que han hecho ya prácticas con niños; muchas veces acontece exactamente lo contrario. Ciertamente, sucede que las estructuras sociales acolchan o disfrazan la dificultad; de hecho, no hacen más que retardar la ruptura o agudizarla. Por tanto, juguemos deliberadamente el juego de esta ruptura, aceptando las medias vueltas, las impaciencias, los juicios precipitados y desconcertantes de esta edad. Vayamos en el sentido de la vida; y no nos lamentemos, ya que asistimos al despertar de personalidades todavía frágiles, pero generosas.

Una pastoral renovada, al servicio de los adolescentes, exige hoy una mentalidad renovada de los educadores. ¿Por qué tratar de renovarnos? Porque dos peligros nos acechan: el de basarnos en nuestros propios recuerdos de adolescentes (los adolescentes de hoy son distintos de los de nuestra guerra pasada), y el de juzgar a los adolescentes con nuestro criterio de adultos:

«En nuestros esfuerzos de renovación pastoral, nos es necesario observar al adolescente tal como es, en sí mismo, por él mismo, en la verdad de su vida ordenada o permitida por Dios, no como lo imaginamos nosotros.

La adolescencia no es algo que mira hacia el pasado. La adolescencia es un re-nacimiento, porque es por excelencia la edad del crecimiento. Y cada año, nuestra mentalidad debe re-nacer ante el dinamismo que nos inspiran estos adolescentes.

“Nadie, si no renaciere” (traducimos: ningún educador, si no se renueva, de corazón y de espíritu, en la escuela de los adolescentes), “podrá entrar en el reino de los Cielos” (traducimos: no puede penetrar en los secretos de una educación de la fe que abre las puertas del Reino de los Cielos).

Si pudiéramos aplicar aún a estos muchachos de catorce-dieciséis años la patética llamada de Jesucristo: “Dejad que los niños vengan a Mí”, es posible que tuviéramos que considerar como una severa advertencia a nuestras conductas de educadores las palabras adicionales de San Mateo: “Y no se lo estorbéis”,<sup>9</sup>.

Es evidente que no se puede emplear el mismo método con el adolescente que con el niño. No obstante, hay que subrayar una y otra vez que una catequesis de la adolescencia no debe iniciarse a los doce años, y mucho menos a los catorce años.

---

<sup>9</sup> LOUIS RETIF: *Renovación pastoral al servicio de la adolescencia*, in «Pastoral de la adolescencia», edic. española, pp. 124.

Supone como preámbulo una pastoral sensata y adaptada de la infancia, adornada con las mismas cualidades y con idénticas orientaciones que las exigidas para la pastoral de los adolescentes. Pero no es éste nuestro objeto.

2) Dado el primado de la afectividad, conviene apoyarse sobre los *centros de interés profundos de esta edad*.

Es clásico decir que los primeros ensayos intelectuales del adolescente son los de una imaginación que descansa sobre la afectividad. Antes de cierta corrección objetiva, su lógica es afectiva. Todo lo colorea de afectividad, personas, cosas, juicios, etc. La tarea del educador será de hacer el enlace entre el mundo íntimo y el mundo real. Por más que Mendousse diga que el «adolescente se esfuerza por adaptar el mundo a sí mismo», no es menos cierto que el adolescente se esfuerza otro tanto por adaptarse al mundo. De ahí la tendencia del adolescente a pensar y a pensarse a través de alguien que admira: un maestro, un héroe; y la necesidad de poseer «viseralmente» sus conocimientos, de hacer suyo lo que ya se sabe.

En consecuencia, toda enseñanza que no pase por este sentido obligatorio del interés subjetivo corre el riesgo de quedar sin influencia sobre el educando. Que no se deduzca de aquí que la doctrina tiene que plegarse a los atractivos personales del sujeto. Este lazo es demasiado burdo para que caigamos en él. No tenemos que limitar el paso y el diálogo de Cristo con el adolescente. Este debe ser puesto enfrente de toda la doctrina de Salvación. Pero para que esta doctrina levante su vida, que llegue a ser el resorte de su pensar, de su obrar y de su vivir, importa *que alcance su subjetividad*.

Se dará, pues, esencialmente a esta edad:

a) *Una catequesis que esté en relación permanente con la vida, con el impulso vital de los adolescentes.*—No un Dios respuesta a las necesidades del hombre, sino un Dios que se adelanta sin cesar las necesidades del hombre, sino un Dios que se adelanta sin cesar girlo en lo que tendría de falsa grandeza y sobreanamarlo por la llamada a la gloria.

Una catequesis que sea doctrina de vida: que dé el sentido del hombre, de la existencia y de la marcha del universo; que precise y despierte el sentido de la vocación de cada uno, en nombre de Dios, en y por el Reino; que suscite libertades para una misión inmensa y entusiasmante, totalmente humana y divina.

b) *Una catequesis cuya estructura interna será más vital que ob-*

*jetiva «en sí».*—En la enseñanza religiosa, la estructuración debe, sin embargo, mostrar bien el primado del objeto sobre el sujeto: Dios que se dirige al hombre en Jesucristo, y no el hombre que busca a Dios.

Los adolescentes se muestran poco sensibles, acabamos de recordarlo, a una idea racional del objeto en sí, mientras que son muy sensibles a la estructuración vital: esto en razón de la importancia de su subjetividad y del lugar que conceden a su experiencia personal. A medida que se avanza hacia la plena adolescencia, la estructuración va cada vez más exigida «por la viva necesidad que hay en ellos de coherencia y armonía», como afirmaba Pío XII, entre su concepción del mundo, de la vida y su propio compromiso en la existencia. Baste recordar la actitud de los adolescentes ante su nueva concepción del sistema del mundo; sus dudas no son de tipo abstracto (¿Existe Dios? ¿Ha existido Cristo...?), sino de tipo existencial y vital que se refieren, sobre todo, a las relaciones entre Dios y ellos (¿Por qué no se siente a Dios?)<sup>10</sup>.

c) *Una catequesis que sepa unir la presentación de los temas doctrinales con el anuncio de un mensaje dado a los adolescentes*, para que reconozcan en él la manifestación de una llamada dirigida a ellos. Llamada que es al mismo tiempo respuesta al apetito de verdad y de grandeza. La buena nueva de Jesucristo viene a colmar, corrigiendo y purificando, las aspiraciones y los deseos que obsesionan la conciencia juvenil; revela el ideal de valores que todo adolescente que quiere lograr su vida lleva confusamente en su corazón.

El verdadero problema de una pedagogía religiosa es el de transmitir la verdad doctrinal para que sea recibida como un *mensaje de*

---

<sup>10</sup> Por *estructura objetiva* «en sí» se entiende una estructura lógica del objeto «en sí»; por *estructura vital* se entiende una estructuración que está hecha, no según el objeto en sí solo, sino una estructuración del encuentro del objeto (Dios o Cristo) y del sujeto (el adolescente). En el primer caso, por ejemplo, se trata de la capital de Madrid, conocida en sí según un plano o fotografías; en el segundo caso, se trataría de mi descubrimiento de Madrid o de Madrid imponiéndose a mí.

Habría que distinguir también, en lo que venimos diciendo, la estructura del «manual de instrucción religiosa» de la estructura de la «charla catequística». El manual debe comportar cierta estructura racional que le confiera su estabilidad, cierta precisión y rigor de lenguaje que dé fuerza y dirección. La charla catequística es, por naturaleza, mucho más flexible, mucho más «ad hominem». Con todo, la charla debe tener una fuerte estructuración interior, que es el orden de la lógica del amor, lógica de Dios que se revela en Jesucristo, y que llama al hombre a la santa alianza que se desarrollará, más tarde, en la gloria. Esta lógica, esta coherencia, parece muy adaptada a la estructura mental del adolescente. Cfr. BABBIN: *Itinéraire de catechèse pour les adolescents*, pp. 6-7.

*salvación*. Un mensaje es dado por alguien; se dirige a alguien. Es aceptado o rechazado. El destinatario indiferente no lo recibe verdaderamente como un mensaje; a lo sumo, como una noticia que le es comunicada o un saber que le es dispensado, que puede distraerle, pero que clasifica en los cajones del olvido o del recuerdo. La catequesis quiere ser transmisión de un mensaje, y por esto debe proponer el mensaje revelado en una relación constante con los problemas y las llamadas profundas de los adolescentes. De lo contrario, la catequesis puede ser segura y lógica, pero es una palabra sin efecto, sin «diálogo», porque no alcanza el ser profundo, no responde a la llamada de la conciencia. Sin un espíritu de comprensión y de proximidad, el catequista corre el riesgo de hablar en el aire y para las paredes; la verdad que presenta no hiera ni libera porque es extraña e inactual.

3) Dada la importancia de la originalidad personal de la adolescencia, conviene *suscitar todas las formas de participación posibles*. El adolescente es un hiperactivo. Conquista su personalidad actuando, pues su trabajo le demuestra lo que vale y es capaz o, mejor dicho, lo que quisiera ser. El asunto es bastante delicado y complejo. Se trata de evitar los métodos de la infancia y de no quemar las etapas de la evolución. Por otra parte, en la obra de la catequesis, el educador de la fe intenta favorecer el desarrollo de todos los valores profundos del educando suscitando la participación activa.

No hay que ilusionarse demasiado, ni tampoco desanimarse, porque esta participación de los adolescentes sea frecuentemente humo de pajas. El adolescente está buscando su estabilidad síquica. Lo que le enardece y entusiasma hoy, le fatiga y aburre mañana, para desearlo más tarde. Probándose en todas las direcciones, pasa de un extremo a otro, desconociendo el justo medio y sin tener la impresión de contradecirse. Para canalizar estas energías, debemos proponer temas de trabajo, asuntos de actualidad; actividades de enganche y actividades de profundizamiento: poniendo los adolescentes en marcha hacia la verdad enseñada y favoreciendo la asimilación en la vida, estarán dispuestos nuestros jóvenes a dar un significado religioso a su propia vida y los habremos puesto en marcha hacia Cristo <sup>11</sup>.

## II.—Una catequesis que sitúe lo esencial de la fe.

Lo que nos desconcierta en la vida religiosa del adolescente es su

---

<sup>11</sup> Cfr. RETIF: *Ob. cit.*, pp. 133-144.

inestabilidad, una irregularidad que nos haría a veces desesperar aun de los mejores, dudar de la firmeza de sus convicciones religiosas. Fervores seguidos de declaraciones cínicas; generosidades apostólicas barridas por violentos y descarados egoísmos. Pero lo que es inestabilidad, indecisión, inseguridad, ¿no es también el signo de una vitalidad desbordante...? Que nuestra catequesis utilice, pues, tal disponibilidad, y para esto presentemos el Misterio de Dios y de Cristo como un Misterio de Vida. Presentemos un cristianismo vivo, que invite a dar su plenitud sobrenatural a una vitalidad que sin él sería desorden y se perdería en superficialidades.

«Lanzaremos una invitación a una "conversión" nueva en Cristo venido a traer la vida. Para que este frenesí o, como se dice hoy, la furia de vivir, no sea una exaltación pagana, incluso si se colorea de razones cristianas, ilustrándola con una enseñanza auténtica que se estabilizará poco a poco. Sobre todo, enseñaremos a nuestros jóvenes, que conocen las náuseas ante la especulación abstracta, que nuestra fe no es un conjunto de datos especulativos, ni un idealismo desencarnado, sino la aceptación de una Palabra de Alguien, y la respuesta total a este Dios que se da a nosotros, por la participación activa al Misterio divino de la Encarnación redentora.

Luego una catequesis que, en términos diversos, sitúe lo esencial de la fe: el Verbo, Cristo. Un Cristo actualmente vivo y resucitado en la luz exaltante de la aurora de Pascua, un Cristo que ha hablado y que habla, para salvar, para pedir la fidelidad ruda a una Palabra exigente en vistas a guiar mejor hacia las alturas de la Verdad que libera. Nuestros adolescentes están demasiado invadidos por el sordo deseo de partir en busca de algún misterioso Santo Graal, incluso si el pudor les hace esconderse bajo el velo del cinismo, para que no tengan sed de una verdad que está mucho más allá de un ideal. A nosotros toca abrirles la vía de acceso que lleva al Dios vivo»<sup>12</sup>.

La catequesis, al mismo tiempo que manifiesta todas las perspectivas de una visión de fe sobre la historia de la salvación en Cristo, ofrece también una visión cristiana del mundo que el adolescente está construyéndose, sin descuidar los valores de interioridad personal. HONORÉ nos presenta claramente cómo la catequesis debe presentar la totalidad del misterio cristiano en sus perspectivas de unidad y de grandeza:

«La catequesis recuerda al adolescente que el Reino de Dios está dentro de nosotros; el conflicto del mal está en cada uno; la línea de inclinación oscila entre el pecado y la gracia. Quien quiere conquistarse y cumplir su vocación en el mundo, debe primero renunciar a sí mismo, apoyarse sobre Jesucristo, alcanzarlo en la oración que es confesión de pobreza y de miseria, encontrarlo en

---

<sup>12</sup> VERMEERSCH: *Ob. cit.*, p. 307; cfr. todo el art., pp. 305-313.

los Sacramentos de su Iglesia. El orden de la caridad, que es sobrenatural, sobrepasa infinitamente el de los cuerpos y el de los espíritus. Persiguiendo *el despertar de la vocación personal*, la catequesis enseña el plan de Dios sobre los hombres y sobre el universo, pero enseña también al adolescente a entrar en sí, a medir sus luces y fracasos, a reconocer que su triunfo es un don que se le da, respecto al cual debe permanecer en una actitud de acogida y de disponibilidad. La fe que engrandece su visión cristiana del mundo no puede separarse de la exigencia moral y espiritual por la cual el adolescente discierne las vías de su vocación. Sin embargo, lo que especifica esta catequesis de la vida moral es que presenta el obrar cristiano en un clima de libertad. Descubre al adolescente las posibilidades que hay en él para conquistarse y construirse, en una fidelidad siempre más estrecha a la llamada de Jesucristo»<sup>13</sup>.

Según lo que vamos diciendo, *las líneas de fuerza de una catequesis de la adolescencia*, que guarde fidelidad a la vida íntima de los adolescentes y al mensaje inalterable que Jesucristo confió a su Iglesia, deben ser<sup>14</sup>:

1) Una catequesis que dé el *sentido de un cristianismo que es vida, alegría, libertad, suprema promoción de todo el hombre en la gloria de Dios en Jesucristo*. Hay que establecer una síntesis de todo el cristianismo en torno del misterio pascual.

Pascua da el sentido verdadero y total de la vida; es decir, abandono de la voluntad de autonomía, de todo deseo carnal de triunfar y adherirse al dinamismo vital de Dios mismo, que, en Cristo, arrastra al hombre hasta la entrada en la gloria de Dios a través de un caminar terrestre providencial. Así toman sentido la vida, la lucha, la muerte...

«La alegría es el primer rayo pascual que el Papa quiere dar a todos. El cristianismo es alegría. La fe es alegría. La gracia es alegría. Acordaos de esto, oh hombres, hijos, hermanos, amigos: Cristo es la alegría, la verdadera alegría del mundo.

La vida cristiana, sí, es austera, conoce el dolor y la renuncia, exige la penitencia, hace suyo el sacrificio, acepta la cruz y, cuando hace falta, afronta el sufrimiento y la muerte. Pero en su expresión última, la vida cristiana es felicidad. Recordad el discurso-programa de Cristo en las bienaventuranzas. De tal manera que la vida cristiana es esencialmente positiva, es liberadora, purificadora, transformadora; todo se reduce al bien y, en consecuencia, todo se reduce a la felicidad en la vida cristiana. Es humana, penetrada como está por una presencia viva e inefable: el espíritu consolador, el espíritu de Cristo que la conforta, la sostiene, la vuelve capaz de cosas superiores, la dispone a creer, a esperar, a amar. Es soberanamente optimista. Es creadora. Es feliz hoy, espera la plena felicidad mañana»<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> J. HONORÉ: *Ob. cit.*, p. 81.

<sup>14</sup> Cfr. BABIN: *Ob. cit.*, pp. 8-12.

<sup>15</sup> PABLO VI, Mensaje Pascual al mundo entero, 29 de marzo de 1964.

Este sentido de la vida «in Christo» será a la vez una respuesta y una reacción contra la instintividad de los adolescentes que tienen tendencia a considerar a Dios como embromando autoritativamente su libertad o como si estuviera únicamente en la línea de su impulso vital humano.

2) Una catequesis que dé el *sentido de un universo en Cristo*; es decir, sentido de Jesucristo cuya llamada a la vida lleva una visión total y nueva del hombre y de todas las realidades humanas. Especialmente en lo que concierne al sentido de la vida, del amor y de las relaciones humanas, de la profesión, del dinero, del trabajo, de la materia terrestre, de las diversiones. Visión cristiana que aparece a un mismo tiempo e indisolublemente en continuidad con las aspiraciones del hombre, en el plano de la creación; en superación radical con las aspiraciones del hombre, en la sobreanimación de la gracia o la nueva creación; en ruptura decidida con estas mismas aspiraciones humanas en la cruz y redención o dimensión de una existencia que en Cristo debe morir a toda falsa grandeza para entrar en la gloria.

3) Una catequesis que dé el *sentido de un Dios personal*, de un Dios que es *sujeto de relaciones* y que toma con el hombre la iniciativa permanente de un *diálogo de vida en el amor*: paso del Dios de los filósofos y de los sabios al Dios de Jesucristo. Presentar, por ejemplo, el misterio no como una cosa imposible de comprender, sino como una realidad personal, el secreto vivo de la Persona misma de Dios en la intimidad del cual estamos «graciosamente» invitados a penetrar progresivamente.

4) Una catequesis que presente el *sentido vivo y personal de la fe*. Una fe que hace entrar en la visión de Cristo y compromete todo el hombre en la verdadera vida y la verdadera libertad creadora del porvenir. No una fe que se situaría en el plano de las «cosas que hay que admitir para ser salvado», sino una fe que se sitúe esencialmente en el plano de una *Persona que hay que aceptar* en la pobreza de las bienaventuranzas, para entrar en Su visión y acción creadora, según el sentido de la propia vocación personal.

5) Una catequesis que muestre el verdadero *sentido de la proximidad de Dios vivo*. En un mundo que sufre de la soledad y del anonimato de las nuevas estructuras económicas, técnicas y sociales, esta catequesis de la presencia personal y del amor aparece extraordinariamente necesaria para reaccionar y responder contra el sen-

tido de un Dios confidente en respuesta a las necesidades instintivas del hombre; y para responder a la excesiva sensibilidad de los adolescentes, sobre todo chicas, que buscan un Dios «sentido» y que concluyen en la inexistencia de Dios en razón de una aridez personal y de una ausencia de sentir.

Aquí también se trata de pasar de Dios, Ser Supremo, al Dios de la Alianza, cuya proximidad con el hombre culmina en Jesucristo. Catequesis de la *presencia* real y permanente de Dios: presencia de amor que llama al adolescente a la intimidad con él, no en una intimidad de familiaridad humana, sino en una intimidad de vocación. Se debe acostumar a los adolescentes a *dialogar* no con un confidente idealizado por las necesidades subjetivas, sino con Jesucristo, que no cesa de manifestarse en la Iglesia por la Biblia, Liturgia, Sacramentos...

6) Una catequesis que dé el *sentido de la institución Iglesia*. Los adolescentes tienen dificultad en admitir lo que es cuadro o institución por razón del primado de su instintividad subjetiva. Será necesario mostrarles, en consecuencia, la institución Iglesia como un don del Señor que quiere continuar hasta el fin de los tiempos manifestando «corporalmente», sensible y eficazmente, a los hombres su *presencia de amor* que se «ha hecho carne». Mostrarles la Iglesia como el «Yo» de Dios encarnado, como la Encarnación que «perdura» a través de los tiempos.

Suprimiendo ciertos aspectos del mensaje no se resuelve el problema de la catequesis de los adolescentes, sino profundizando siempre estos mismos aspectos hasta que se llegue al punto central por el que se revelan *misterio de amor trascendente*. Llegados aquí, no hay más dificultades, si no es en el orden de la expresión. Aquí, más que nunca, es el alma quien da un sentido al cuerpo, es el amor inaudito de Dios quien revela el sentido de la Iglesia, como nos lo muestra el Concilio Vaticano II en el primer capítulo de su Constitución dogmática sobre la Iglesia.

7) Una catequesis que muestre el *sentido del «estado final de todas las cosas» en Cristo*. Para responder a esta necesidad profunda de su edad y de su tiempo, de saber el sentido de las cosas y de la vida. Baste recordar el marxismo, existencialismo, sentido de la historia...

Visión escatológica y *espera* de un mundo nuevo que se construye con pasión en los caminos de la tierra. Sentido cristiano de la exis-

tencia: visión de todas las cosas en su estado final y glorioso en Cristo. Cristo no llama a un sueño intemporal, sino a un compromiso de todo el hombre al servicio de todo el universo para la realidad absoluta del Reino.

8) Una *catequesis vivida en una comunidad de fe*. Importa en esta edad la misión del grupo, de la familia, del colegio, de la parroquia, del medio ambiente, de maestros de valor. No basta con hacer referencia a la vida con alusiones y anotaciones en el curso de religión. La enseñanza de la fe debe también ser vivida en una comunidad de Iglesia, dinámica, ardiente, positiva y feliz. Es preciso que a la enseñanza religiosa y a la educación cristiana acompañe el testimonio y la experiencia de la vida cristiana.

Si existe una pedagogía de la acción para la educación religiosa del adolescente que hoy tanto se defiende, constituiría un craso error creer (y mucho más actuar en consecuencia) que se ha sobrepasado ya la edad de la enseñanza religiosa. La vida teologal y, sobre todo, la vida de la fe tienen siempre necesidad de alimento doctrinal, sin el cual se van debilitando y acaban por morir. La catequesis de los adolescentes debe ser, pues, una catequesis centrada sobre la Persona de Cristo, que haga descubrir la Iglesia, la vida sacramental; una catequesis bíblica, litúrgica, doctrinal; una catequesis que prepare a los compromisos cristianos. Oigamos al P. Vermeersch <sup>16</sup>:

«Uno de los temas dominantes de nuestra catequesis será la apertura a las dimensiones apostólicas de una fe auténtica y la preparación a los compromisos cristianos en el mundo. Decimos bien: una catequesis, y no sólo la ocasional aprobación de una acción apostólica que se juzga o se anima. Abrir grandes perspectivas, serenas y optimistas, es ayudar al adolescente a salir de su caos interior y orientar sus necesidades de responsabilidad. El verdadero descubrimiento del amor se hará, por otra parte, en el servicio de Dios, por la atención a los demás. Un cristianismo de resurrección pascual debe desembocar normalmente en don de sí para la obra redentora que persigue en la humanidad la agrupación de los hijos del Reino en torno a Cristo y para la gloria del Padre.»

Esto nos invita no sólo a orientar a nuestros adolescentes hacia la acción inmediata; debe también dar un alcance nuevo a todos los temas de nuestra enseñanza religiosa, proporcionar una dimensión cristocéntrica y apostólica a la vida espiritual de los adolescentes que queremos liberar de su inquietud, indecisión e inestabilidad profun-

---

<sup>16</sup> *Pour une catechèse de l'adolescence*, in «Pastorale de l'adolescence», p. 312.

das. No basta orientarlos hacia una caridad activa para sofocar las dificultades morales; tenemos que ponerlos en contacto con la Palabra de Vida, alimentarlos de Cristo «Camino, Verdad y Vida»<sup>17</sup>.

### C) EL CLIMA DE UNA CATEQUESIS DE ADOLESCENTES.

La catequesis se da precisamente para provocar la libertad del adolescente frente al Mensaje. Transmite el mensaje revelado en términos que no pueden engañar sobre su contenido. Expresa el misterio de Dios en los signos de su palabra que es llamada. Invita al hombre a entrar en sí, a escuchar los rumores de su ser personal e íntimo, para disponerle al consentimiento que libera<sup>18</sup>. La catequesis quiere obstruir los falsos caminos para que la *adhesión de la fe* sea ilustrada y personal, o la repulsa sea sin equívocos. Así tienden a alcanzar al catequizando en su nivel, para hablarle con el lenguaje de la fe que puede entender, en los mismos términos que le obligan a pronunciarse.

La verdad no se inventa, pero Cristo la presenta de tal modo, que El hace que el hombre la busque, y le hace, por así decirlo, capaz de ser el creador de su descubrimiento. Véase el método empleado por Jesucristo con la Samaritana o con Nicodemo<sup>19</sup>. La verdad no adornece, estimula.

¿Qué ambiente hay que crear, pues, en la charla catequística para que el mensaje de Cristo resulte atractivo, simpático y deseable para los adolescentes? ¿Cómo llegaremos a este encarrilamiento activo y personal de la catequesis? He aquí algunas ideas que pueden ayudarnos<sup>20</sup>:

1) *Un clima colectivo de simpatía, de confianza, de amor.*—Sin este espíritu de comunión profunda, de camaradería, de simpatía, de sinceridad cordial y franca entre los adolescentes y el educador, no habrá descubrimiento activo ni diálogo. Evitemos procedimientos y sanciones irreparables. No choquemos contra los jefes de los grupitos o

<sup>17</sup> *Jn.*, 14, 6.

<sup>18</sup> *Cfr. Lc.*, 4, 18; *Jn.*, 8, 31-36; *II Cor.*, 3, 17; *Gál.*, 5, 7.

<sup>19</sup> *Jn.*, 3, 1-21; 4, 4-42.

<sup>20</sup> *Cfr. BABIN y BAGOT: Dix conseils pour la causerie de catechèse à des adolescents*, Sel de la terre, Mame, 1962; BABIN y BAGOT: *Orientations pédagogiques pour une catechèse à des préadolescents*, Sel de la terre, Mame, 1962; FAVREAU et une équipe: *Regard sur la vie avec le Christ et Le comportement chrétien*, Documents pour la catechèse de l'adolescence, Préadolescence, Mame, 1960; GARRONE: *Foi et pédagogie*, Desclée, 1961, pp. 81-95; JUNGSMANN: *Catequética*, Herder, 1961, pp. 61-62 y 139-237; *Pastorale de l'adolescence*, Angers, pp. 171 ss.

pandillas. Cuidemos más bien de tenerlos de nuestro lado. Resaltemos el valor de cada uno. Creamos positivamente en lo que hay de mejor en cada uno de ellos. Demos responsabilidades que creen un espíritu común.

El «buen entendimiento» es condición indispensable para la buena marcha de una lección de instrucción religiosa porque corresponde a una necesidad profunda de la adolescencia, especialmente de las muchachas, que en este punto tienen exigencias mayores. El adolescente, en efecto, es muy sensible a los valores de acogida, de apertura a los otros, de amor, de piedad, de compasión, de protección. Atento a las necesidades y a los casos particulares, no puede expansionarse más que en un ambiente simpático, donde podrá experimentar su valor creador de relaciones íntimas, pues busca la intimidad de las relaciones interpersonales. La aceptación y la respuesta que dará a Cristo serán condicionadas por la aceptación y respuesta que habrá dado a los demás. En esa experiencia de las relaciones con los otros completa el aprendizaje de su relación con el Señor. Para llegar a la auténtica caridad, el adolescente debe superar una moral que se apoya sobre la introspección. Es preciso que pueda hacer la experiencia del don de sí a los demás para llegar a la amistad con Cristo.

2) *Un clima de investigación y no de afirmación de tesis.*—Nuestras charlas deben presentarse como una investigación viva con los adolescentes, más bien que como el enunciado de una tesis. Pongámonos con ellos para descubrir. Partamos de un hecho concreto en el que cada uno se reconoce. Forcémosles a reconocerse, a reflexionar, incluso a soñar. Formulemos en voz alta las preguntas que se plantean confusamente en secreto: nosotros las enunciamos en su nombre; con ellos vivimos la inquietud, la turbación; nuestra interrogación y nuestra investigación les llevará a desembocar en la luz. Es necesario que la luz cueste algo, que el descubrimiento esté al término de una marcha; es preciso que el Reino de Dios, en Jesucristo, sea buscado y deseado.

3) *Un clima de autoridad, de disciplina, de interés, de alegría.*—La autoridad de la que se trata aquí es de la que hablaban los contemporáneos de Jesús: «Habla como quien tiene autoridad.» Consiste en que la catequesis no aparezca como una idea que se discute, sino como una *Persona* que se acoge o rechaza. Cristo no se discute cuando afirma y se afirma: «Yo soy la Verdad.» Nosotros también, con la ma-

yor humildad, debemos hablar y presentarnos como siendo Cristo en su Iglesia, con todo su peso de Absoluto, de Felicidad y de Verdad. Así nos dirigimos a todo el ser de los adolescentes, a su corazón, a su inteligencia, a su voluntad; y les invitamos a tomar posiciones frente a la Persona de Cristo que se propone. Esta autoridad es una llamada a la adhesión de fe en Cristo.

Los PP. Babin y Bagot presentan la estadística siguiente: el 25 por 100 de los preadolescentes, el 22,5 por 100 de los adolescentes, el 22 por 100 de los chicos mayores, piden expresamente que haya disciplina en clase de religión. Pero esta palabra no recubre exactamente las mismas realidades en las diferentes edades. Para los adolescentes, la idea de disciplina está más unida a la de «aplicación». Se trata aquí de querer prestar «atención» a lo que dice el profesor, y no de ir a clase de religión por cumplimiento o porque hay que ir <sup>21</sup>.

Esta disciplina exige silencio, orden, organización. La versatilidad congénita del adolescente comporta muchas sorpresas. De ahí la indispensable exigencia de un mínimo de «marco», si se quiere conservar y disciplinar el atractivo: regularidad de las reuniones, programas, trabajo personal del caequizando... Quede claro que estos marcos deben ser flexibles, aireados, amados, abiertos, simpáticos, bajo el patrocinio comprensivo y discreto de los adultos. Si la atmósfera del catecismo debe ser silenciosa, ha de ser también sosegada: «Un tira y afloja», familiar, alegre. Entonces la disciplina deseada no es tensión, violencia, sino atención querida y amada, a Cristo que habla. Encuentra su origen en la libertad del ser y se vive en la alegría.

La charla catequística debe suscitar el interés. No tenemos el derecho de aburrir: el Mensaje debe parecer y ser interesante. Debe ser anunciado con todo su carácter de «Buena Nueva». El adolescente debe tener la impresión de un descubrimiento. Esto sólo se conseguirá si el Mensaje de Cristo le aparece como fuente de alegría y de vida.

Para suscitar el interés, tengamos en cuenta ciertas exigencias notadas por los mismos adolescentes: la función relativamente impor-

---

<sup>21</sup> La disciplina para los preadolescentes es orden y tranquilidad; la disciplina es comprendida objetivamente.

Para los adolescentes, disciplina es atmósfera de atención consentida libremente. La disciplina toma, pues, un sentido más activo.

Finalmente, para los mayores (diecisiete-diecinove o veinte años), la disciplina es atmósfera de disponibilidad interior a la enseñanza religiosa. Cfr. BABIN y BAGOT: *Orientations pédagogiques pour une catechèse à des préadolescents*, p. 10.

tante de los procedimientos escolares, el lugar de lo concreto en el catecismo, la necesidad de cierta unidad de visión que guíe el desarrollo de toda la catequesis, la necesidad de cambios de impresión entre el educador y los adolescentes.

4) *Un clima de participación activa.*—Los adolescentes quieren ser activos en el curso de instrucción religiosa. El Mensaje no es un hecho exterior para ellos, se sienten más en relación con él que con el objeto de enseñanza matemática o científica o literaria. Quieren participar efectivamente en la charla, realizar un trabajo concreto en actividades, mostrar sus reacciones, sus ideas, decidir a veces la organización del trabajo, hacer ellos mismos alguna charla a sus compañeros..., y por todo esto dar una respuesta de fe a la Palabra de Dios.

Uno de los medios más eficaces para suscitar la marcha activa de la inteligencia consiste en proponer *actividades concretas* que seguirán los diferentes tiempos del pensamiento y que obligarán a los adolescentes a una actitud personal de asimilación o de reflexión para cada una de las frases de la lección. Para esto se proponen a los adolescentes actividades intelectuales a medida que las diferentes ideas se exponen: escribir en el tablero, resumir una parte de la exposición, mostrar fotos, documentos. También se puede provocar, en un plano más afectivo, momentos de introspección, de reflexión sobre la experiencia vivida, o convencimientos intensos a partir de los cuales se desprenderá una verdad más intelectual. Nos apoyamos aquí sobre la necesidad que tienen los adolescentes de sentir, de experimentar, de comprometerse afectivamente antes de acceder a una proposición de orden intelectual. En esta perspectiva, la experiencia precede al pensamiento, y el pensamiento se desprende de una reflexión sobre la experiencia. En catequesis se puede decir que el mensaje es comprendido en el momento preciso en que el joven analiza y mide en su propia vida lo que es cambiado por el Mensaje. También el Mensaje es percibido, no a través del enunciado de una proposición verbal enunciando una verdad en sí, sino por las consecuencias que tienen para su vida humana. ¿No tocamos aquí una ley de la pedagogía bíblica? Dios se da a conocer a través de la experiencia que el pueblo hebreo hace cada día de su presencia y de su acción, y no por el enunciado de una tesis. Escuchemos al respecto a Jungmann:

«Encontramos una gran ventaja en el hecho que la Revelación nos ha sido dirigida originariamente, no bajo la forma de propo-

siones abstractas, sino muy concretamente, como Historia de la Salvación. La enseñanza de la religión no permanecerá viva más que si nos remontamos a esta manifestación original de la revelación, si la Biblia, la Liturgia y la Historia de la Salvación constituyen el punto de partida y la fuente de todas nuestras exposiciones sobre el Dogma y la Moral.»

Hay que ver, pues, también el prolongamiento que esto puede tener en su vida: el acto de fe suscitado en el curso de instrucción religiosa no debe limitarse a un instante de su vida, sino prolongarse a lo largo de la vida del adolescente que será misionera y anunciará el Evangelio. Hasta aquí debe llegar la participación activa pedida por los adolescentes, si quiere ser real.

Los adolescentes buscan con estas actividades liberarse de su necesidad de obrar, experimentar sus nacientes facultades y revelarse a sí mismos. Pero esta necesidad de actividad no se explica sólo según la psicología del adolescente; viene del dinamismo del Mensaje anunciado. El adolescente, por su actividad, expresa su fe, y esto con formas originales. Nadie podría hacerlo en su lugar. La Palabra de Dios interpela al adolescente, como a todo hombre, y exige respuesta. A la Revelación que le es propuesta debe responder por la fe. Su actividad en el catecismo será, consiguientemente, fundamentalmente actividad de su fe; cualquier otra actividad sirve únicamente para traducir ésta y está a su servicio.

Esta marcha del pensamiento que se apoya constantemente sobre la experiencia es muy rico y eficaz. Pero no está sin peligro. Existe el riesgo de atropellar a los jóvenes cuya libertad está todavía poco despierta; el riesgo de empujar demasiado a una introspección que conduce al egoísmo y al intimismo; el riesgo de una atmósfera demasiado afectiva; el riesgo de confundir experiencia religiosa y fe cristiana. El educador debe, pues, ayudar a superar cuanto de superficial, subjetivo y pasajero hay en este interés.

5) *Un clima de diálogo* entre el educador y el adolescente. Una enseñanza que quiere guardar contacto con la vida no podría ser «puramente ocasional», es decir, no podría darse solamente a partir de las ocasiones brindadas en el curso de la clase. Traicionaría, en efecto, el mismo Mensaje, y dejaría a descubierto también toda una parte de la vida de los adolescentes. En un curso dirigido a todos hay el peligro de que pasen inadvertidas una buena parte de las reacciones y de los interrogantes de cada uno. Además, en cada individuo, dado su ritmo de evolución particular, los momentos de crisis y de síntesis

no corresponden necesariamente con los del vecino. Por esto, el catequista o educador debe tener, al mismo tiempo, contactos personales complementarios a los del curso colectivo, y hacer de su curso una respuesta a las cuestiones que los adolescentes no formularán, pero que plantearán con todo su vivir.

Conviene que en el curso mismo de la charla se establezcan estos intercambios. Podrán hacerse también después de la charla, en el curso de las actividades, trayendo el educador ocasionalmente sus experiencias diarias, aceptando sus observaciones, sus preguntas y respuestas, pidiendo su opinión. Lo esencial no es que se dé tal o cual modo de enseñanza, sino que haya *una enseñanza que respete la doctrina y el educando*; que en esta enseñanza transparente la fe del testigo, la afirmación tranquila e irradiante de su propio amor a Cristo, más bien que sus títulos de experiencia: «Yo, en mi tiempo...»

Para esta didáctica del diálogo, el educador debe tener presente las constantes siguientes: Ligarse (con los adolescentes, manifestando el interés que toma a la vida y a los hechos concretos del adolescente), Inquietar, Anunciar el Mensaje, Explicar el Mensaje.

6) *Una atmósfera religiosa*.—Los adolescentes desean una lección distinta de las lecciones de materias profanas. Para ellos, el curso de instrucción religiosa alcanza toda la vida, va más al fondo: inconscientemente, sienten que esta lección va a dar sentido al mundo nuevo en que entran y ante el cual están desorientados, pero donde tienen que obrar. Por otra parte, el curso de religión responde a su sed de Dios. «Que la clase sea más religiosa», dice un adolescente. Sepamos contar con esta exigencia profunda. No vacilemos incluso en superar a veces el nivel medio de comprensión de la clase para dar un alimento más sólido a los que esperan más. El ritmo del discurso será tanto más lento y cortado con silencios cuanto la materia más trate del Misterio. Los jóvenes deben sentir que entramos en una realidad que provoca en nosotros asombro, admiración, afirmaciones netas. Los secretos del Reino no se vociferan; es preciso que los transmitamos como confidencias y con respeto. Por el contrario, cuando hablamos de ciertos temas religiosos menos misteriosos, por ejemplo, la explicación histórica del paso del mar Rojo, hay que ser neutrales y objetivos.

En todo caso, evitemos todo lo que huelga a artificial, todo lo que tienda a satisfacer con poco precio una religiosidad natural y sentimental. Prácticamente, ciertas condiciones materiales facilitarán esta

atmósfera religiosa. Pero no olvidemos que esto es sólo un medio y que los adolescentes sienten muy bien en el fondo de ellos mismos que lo esencial viene de ellos. Lo que hace falta es «permanecer silenciosos, para poder pensar en Dios».

La charla no es verdaderamente religiosa si no conduce efectivamente al despertar de la fe. La misma fe no es verdadera si no se traduce en acto, por una respuesta personal dirigida a Cristo que habla. Hablar de Cristo no es nada, si esto no conduce a hablar con Cristo. De ahí la importancia de la oración. «Hay que rezar siempre», decía Jesucristo. Esto debe ser verdad del curso de religión. Esta oración consistirá en que la atención esté dirigida hacia Dios o Cristo que habla. En el curso de toda la catequesis debería reinar una atmósfera de contemplación, de modo que las «oraciones» propiamente dichas no fueran más que tiempos especialmente densos.

7) *Un clima de inserción en la vida litúrgica, de unión con la Acción Católica, de coordinación de todos los esfuerzos.*—Nunca insistiremos demasiado sobre este punto. La catequesis no puede aislarse. Sus garantías de continuidad y penetración dependen de las vinculaciones vivas que emprende con los movimientos y las líneas de fuerza de la comunidad parroquial. Hay aquí un problema de sensibilización, de coordinación, que hará que cada órgano asuma su puesto y su función en el cuerpo.

La enseñanza religiosa no es toda la educación de la fe. Las inquietudes que han obsesionado nuestra pastoral de la infancia vuelven en este período de la adolescencia. Si los adolescentes no encuentran su puesto y su misión en la vida litúrgica de la Iglesia, la desertarán. Una comunidad viva litúrgicamente es un sostén precioso para esta edad. Es preciso, además, que no esté, de modo sistemático, acaparada por los adultos u orientada hacia la infancia.

La palabra de Dios, en Jesucristo, es siempre envío en misión, al mismo tiempo que llamada a la conversión. Cualquiera que sea la forma de la acción, el obrar cristiano es signo de que la verdad ha sido hecha «carne» nuestra. No podemos, pues, desinteresarnos de la A. C.; al contrario, hemos de impulsar a los adolescentes a ella. Debemos, pues, todos nosotros, padres, educadores, catequistas, parroquias, patronatos, colegios, prestar apoyo a la A. C., lanzarla a una actividad continua, organizarnos para mantenerla.

•Muy a menudo, los adolescentes se llenan de admiración ante un adulto. Juan, de dieciocho años, ha descubierto por medio de

**Esteban**, miembro de la JOAC, hasta qué punto está obligado a cumplir sus deberes como militante de la asociación. La vida cristiana de Esteban, íntimamente ligada a sus creencias, le ha arrastrado tanto más cuanto que Esteban nunca intentó dominarlo y ni siquiera tenía conciencia de la influencia de su conducta sobre el alma de Juan. Recientemente, en una reunión de nueve jóvenes de diecisiete años, cinco han manifestado que volvieron a *encontrarse con Cristo* como consecuencia de un contacto con un militante joven o adulto, por medio de un equipo de la JOAC que, irradiando alegría y hermandad, se dedicaba a pegar carteles. Tal fue la causa que les ha insertado en una comunidad. Volvían a descubrir a Cristo, que, a partir de ese instante, llenó toda su existencia»<sup>22</sup>.

El movimiento es el medio de selección por el cual los jóvenes bautizados se inician a la vida comunitaria de la Iglesia. «Debo el cambio de mi vida a la J. E. C. La A. C. es algo formidable», dice un jecista de dieciséis años. Y otro: «Antes de conocer la J. E. C., yo era un pobre ingenuo, acoplejado y egoísta, y ahora, ¡he descubierto a Dios!»

Coordinación de esfuerzos. Es un simple recuerdo de un deseo permanente de la Iglesia. Esta coordinación trabaja en el sentido del mejor rendimiento de nuestro esfuerzo de catequesis. Debemos consultar y consultarnos: padres, catequistas, educadores, responsables de movimientos, capellanes. Debemos colaborar con ellos para dar a nuestro ministerio su precisión y su vitalidad. Pero tenemos también que situarnos con los demás educadores en la pastoral de esta edad.

Es una ilusión muy corriente en la parroquia, en el colegio..., de querer tener un inflexible control, un derecho exclusivo sobre sus antiguos catequizandos o actuales alumnos. Como si la parroquia o el colegio fueran los únicos capaces de dar respuesta a todas las exigencias de los adolescentes. Como si la multiplicidad de influencias y ambientes no hiciera indispensable para la educación de la fe la organización de una A. C. juvenil, respetada como tal y patrocinada con ese carácter.

«Son muchos los que caen en la tentación de creer que la escuela es el único medio formativo o que la escuela puede prescindir de los padres en la educación de los adolescentes. En la enseñanza libre se tiene una excesiva tendencia a creer que los profesores son tan cristianos y que la atmósfera es tan profundamente cristiana que, para verse libre de toda infección, basta con seguir viviendo serenamente alabando al Señor.

Debe (la escuela) trabajar y colaborar con los padres tanto en la educación como en la enseñanza, y todo ello en función de las

<sup>22</sup> A. RETIF: *Renovación pastoral*, p. 151; cfr. todo el artículo.

necesidades del adolescente, de su medio ambiente y de las circunstancias de la vida en que están centrados. Debe también suscitar en los jóvenes interés por los problemas modernos y, por tanto, por la opinión de los demás y por la A. C. En la práctica, todo ello supone que la escuela debe utilizar cada vez con mayor frecuencia los métodos activos, responsabilizar a los adolescentes, prestar su colaboración total a la A. C. Debe también contar, de una manera efectiva, en las asociaciones de padres de alumnos y en los comités escolares. Por lo que respecta a estos últimos, no deben limitarse a un comité de patronato, sino que se les ha de permitir el ejercicio efectivo de las responsabilidades que les son propias. En cuanto a las asociaciones de padres de alumnos, responderán plenamente a su finalidad tan sólo en el caso de una colaboración íntima y permanente con los educadores»<sup>23</sup>.

Me parece esencial, en beneficio de los propios adolescentes, que los padres, parroquias, colegios, educadores, anden de acuerdo en la educación de los adolescentes para que, por medio de la A. C., constituyan para ellos comunidades de preservación moral, para que, dando respuesta a sus exigencias fundamentales, se comprometan en una vida auténticamente teológica y en actividades de irradiación apostólica<sup>24</sup>.

#### CONCLUSIÓN.

Queda aún mucho por hacer para ofrecer a los adolescentes de hoy la catequesis que esperan y necesitan. Más que métodos y programas, la catequesis necesita maestros. Ya lo dijo Pío XI: «Las buenas escuelas las hacen no tanto la buena organización, sino los buenos maestros.» La persona del catequista o educador, el testimonio que da de su propia fe, la seguridad de su ser plenamente empeñado en la Vida que comunica, el don de apertura, comprensión y simpatía con sus educandos, tienen una importancia, a los ojos de los adolescentes, tan decisiva o más que la enseñanza que les distribuyen. La educación de la juventud depende menos de las coacciones externas o de fórmulas ya seculares y estereotipadas, que da la irradiación profunda de la fe y caridad de la Iglesia y de sus representantes. Los adolescentes deben ser alcanzados sensiblemente por Jesucristo para sentirse llamados por su nombre, si queremos que lleguen a rea-

---

<sup>23</sup> J. FRIBAUL: *Las instituciones y la educación de los adolescentes*, in «Pastoral de la adolescencia», Angers, 1958, pp. 196-197; leer todo el artículo, páginas 189-207.

<sup>24</sup> Cfr. nota 20, páginas arriba.

lizar personalmente un encuentro con Cristo. Ahora bien, Cristo es hoy nosotros, y los adolescentes quieren el testimonio de Cristo vi- viendo hoy entre ellos.

Pueden parecer difíciles las condiciones que hemos presentado para la catequesis de los adolescentes. Los adolescentes consideran, por ejemplo, esencial el factor ambiente que hemos estudiado para una verdadera catequesis. Tienen sed de una atmósfera que les lleve y arrastre hacia lo sobrenatural, y en particular hacia Cristo. ¿Cómo realizar este clima que los adolescentes desean conscientemente o no? El acierto no es inmediato. Viene sólo después de muchos tanteos y de equivocaciones, de comienzos incesantes y de paciencia, de presencia y de testimonio, de humildad y docilidad al Espíritu. Está vinculado con muchos elementos, algunos muy materiales; pero al actuar sobre estos requisitos, debemos siempre guardar una orientación espiritual: no se trata de determinar a los adolescentes, de crear «reflejos condicionados» en la catequesis. El fin es facilitar un encuentro personal del adolescente con Cristo, palabra encarnada de Dios.

Se impone la búsqueda de un lenguaje nuevo y vivo para estos espíritus inquietos y rebeldes, a punto de cribar, si no de liquidar y barrer, toda herencia infantil y familiar. La pedagogía, cualquiera que sean sus procedimientos, sus métodos y sus fines, exige que se conozcan previamente las tendencias y las preocupaciones de su edad. Hay que acomodar nuestra visión al ángulo desde el que los adolescentes ven ahora las cuestiones cristianas. Ninguna pedagogía, digna de ese nombre, puede ejercerse eficazmente fuera de los recursos que pone a su disposición la psicología, que, indiscutiblemente, aporta a los educadores principios directivos y datos que hay que tener en cuenta si se quieren ponerlos en marcha hacia Cristo.

Cristo es el ideal del cristiano. Esta es la meta que debe proponerse todo educador: formar al adolescente en el conocimiento y amor de Cristo, para que Cristo sea el ideal de su vida toda. Todo el objetivo de la catequesis puede reducirse a favorecer el diálogo o encuentro interpersonal entre el adolescente y Cristo.

*«En el cumplimiento de su función de educar. La Iglesia se preocupa de todos los medios aptos, sobre todo de los que le son propios, EL PRIMERO DE LOS CUALES ES LA INSTRUCCIÓN CATEQUÉTICA, que ilumina y robustece la fe, anima la vida con el espíritu de Cristo, lleva a una consciente y activa participación del misterio litúrgico, y alienta a la acción apostólica.»*

*(Decreto conciliar sobre la educación cristiana)*